

tro y atrevido, practicó con complacencia la cirugía toda su vida, y en el hospital que fué el teatro de su ejercicio se venerará mucho tiempo su memoria. Todos los demás ramos de la medicina eran objeto de sus estudios en sus ratos de descanso. Cultivaba también con placer la Química, de la que hizo variadas y exactas aplicaciones á la toxicología; de sus conocimientos aprovechamos al redactar la Nueva Farmacopea mexicana, en cuya Comisión desempeñó un papel muy importante.

Ejerció la medicina, á pesar de sus muchas atenciones y de su quebrantada salud, hasta poco ántes de morir: la ejerció con conciencia, con caridad y con abnegación. Trabajó mucho y murió pobre.

Al lado del enfermo siempre se distinguía por su severo juicio y recto diagnóstico, sus consejos certeros y la originalidad de sus métodos curativos que fundaba en hechos de su vasta práctica.

En el hospital, en la cátedra, en sus escritos, en las discusiones académicas y en su trato social, daba siempre pruebas del profundo saber que adquirió á fuerza de estudiar y trabajar. En todas las Sociedades á que pertenecía era un modelo de confraternidad y asiduidad.

Honrado como el que más Hidalgo y Carpio, ha muerto dejando un hueco en nuestra Sociedad; pero en nuestros corazones ha quedado imperecedera su memoria.—HE DICHO.

A. ANDRADE.



NACER, vivir, soñar con la esperanza
 Que en engañoso porvenir se esconde;
 Anhelar el placer que no se alcanza,
 Sentir amor y sin saber en dónde.
 Hablar al cielo azul que nada dice,
 Y hablarle al corazón que no responde.
 Mirar indiferente al infelice
 Que en lucha eterna, valeroso y fuerte,
 Su desventura y su dolor bendice;
 Resistir el embate de la suerte;
 Y al terminar del áspero camino,
 Reposar en el seno de la muerte.

¿Y es ese nada más nuestro destino?
 ¿Perecer en el polvo que levanta
 Del mundo el impetuoso torbellino?

¿Es esa la mision augusta y santa
 Del predilecto sér, de Dios hechura,
 Del que lo huella todo con su planta;
 Del que cuenta los astros de la altura,
 Del que teje los mimbres en que nace
 Y cava ante sus piés su sepultura?
 ¡Oh, dichoso el mortal que satisface
 La noble aspiracion que el alma eleva,
 Cuando la vil materia se deshace;
 Cuando en más alta vida se renueva,
 Y al dejar sus despojos en el mundo
 La gratitud del mundo al cielo lleva!

¡Dichoso tú que para el bien fecundo
 Tendiste en él las bienhechoras manos,
 Jamás manchadas con su lodo inmundo;
 Que al vislumbrar los célicos arcanos

Escuchaste en tu lecho de agonía,
 La santa bendicion de tus hermanos!

Ellos te ven aún en la sombría
 Estancia del dolor, en donde airada
 La muerte el hora de triunfar espia;

Te miran en científica velada,
 Te contemplan allí rasgando el velo
 Del secreto espantoso de la nada.

Te ven donde sumida en hondo duelo,
 Sin lecho, sin amparo, sin testigo,
 Torna los ojos la orfandad al cielo.

Donde la desnudez demanda abrigo,
 Y allí donde la calma y la alegría
 Brotan no más del corazon amigo.

Descansa en paz, Hidalgo, y á la fria
 Losa de tu sepulcro, llegue el canto,
 Del que es un eco la plegaria mia.

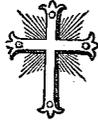
En él la humanidad en su quebranto
 Consagra á tu memoria venerada
 El humilde tributo de su llanto.

Vástago ilustre de la edad pasada!
 Médico insigne, con la edad presente
 En lazo eterno la existencia honrada,

Los venideros tiempos eslabona.
 ¡Guarde tu nombre la futura gente!
 Y la ciencia de Hipócrates, corona
 De laurel inmortal ciña á tu frente!

México, Junio 14 de 1879.

JOSÉ PEON CONTRERAS.



HÉNOS aquí reunidos para tributar el debido homenaje á la memoria del Sr. D. Luis Hidalgo y Carpio; para hacer la merecida justicia á sus virtudes. Yo, encargado por la Sociedad Médica de Beneficencia para llevar la voz en representacion suya, vengo á añadir un ramo más de laurel á su corona de gloria, un ramo más de ciprés á su corona funeraria. Quédese para el biógrafo el referir uno por uno todos los eventos de su vida, desde que nació hasta que la inexorable parca cortó el hilo de su existencia, arrebatándonosle; quédese para el apologista el encomiar debidamente sus acciones; quédese para el crítico el pesarlas en la balanza del criterio: nuestra tarea, muy léjos de esto, no consiste en esta fúnebre reunion, sino en llorar la pérdida del buen padre, del excelente amigo, del probo ciudadano, del incansable trabajador de la ciencia.

El Sr. Hidalgo Carpio, padre de una familia numerosa, habida en tres matrimonios, procuró de cuantos modos estuvieron á su alcance, en la modesta posicion que guardaba, proveer á la educacion de ella, y su corazon de padre no solo se concretaba al círculo de sus propios hijos, sino que adoptó y se hizo cargo, á pesar del número ya grande de éstos, á una niña huérfana de padre y madre é hija de un compañero nuestro que murió de tifo.

¿Quién de los presentes no tuvo ocasion de frecuentar su trato? ¿Quién no tuvo el honor de conocerle? De una estatura regular, delgado, algo encorvado, de un color moreno, de frente despejada, de ojos vivos y mirada penetrante; una ligera sonrisa asomaba á sus labios, señal de la benevolencia que abrigaba su corazon. Siempre afable, hacia agradable su trato; y ya como particular, ya en el ejercicio de su profesion, se captaba el cariño de todos, y aconsejaba sin orgullo la conducta que á su parecer debia seguirse en las diversas dificultades que tan á menudo surgen en la práctica médica.

Muchos de sus clientes me han expresado con frases enérgicas de agradecimiento, la deferencia y solicitud con que los asistia en sus enfermedades, sin excusarse por ningun motivo que no fuera absolutamente justo.

**Propiedad de la
 Academia N. de Medicina
 de México**